

SOBRE EL PROBLEMA POLITICO ESPAÑOL EN LAS
POSTRIMERIAS DE LA CASA DE AUSTRIA

Si se hace el recuento de las tierras, situadas a distancias no igualadas hasta entonces por ningún otro Imperio, que poseía la Corona española en el reinado de Carlos II, y si se observa en el juego complejo de la política internacional de aquel momento las ocasiones numerosas en que tiene lugar una intervención española, se deduce fácilmente el papel de Estado poderoso que representaba todavía España en el conjunto europeo. Pero, en el fondo, esa magna construcción de la Monarquía española ya no era un poder efectivo. Por ese motivo, siempre será una cuestión de profundo interés histórico la de averiguar cómo fué desapareciendo el inmenso poderío de la Corona española, mientras permanecía en pie, casi intacta, la formidable armazón externa montada por aquélla. La desproporción entre lo poco que relativamente se había perdido de los dominios españoles y el carácter no decisivo ni catastrófico de los reveses militares, por una parte, y, por otra, lo caído que se hallaba el Estado español al terminar el reinado de Carlos II, nos demuestra que en los últimos cien años de la dinastía austríaca se halla una clave importante para comprender nuestro proceso de decadencia. Para hacer más firme nuestro paso hacia el futuro es conveniente tomar en cuenta, como tantas veces ha sido dicho, lo que queda detrás y, sobre todo, los trances críticos, afortunados o desfavorables, de nuestra historia.

Para hacernos meditar y sacar interesantes conclusiones sobre el problema histórico que acabamos de plantear es de gran valor la muy considerable obra que el Duque de Maura ha publicado sobre *Vida y reinado de Carlos II* (1). El libro es de honda enseñanza porque ofrece, con espléndido acopio de datos, una de las más curiosas y aleccionadoras situaciones por que puede haber pasado un país: un Estado que llega a ser la cabeza del mundo se halla, pocas generaciones después, en franca quiebra de su poder. Ninguno de sus instrumentos de gobierno —cuyo-

(1) Madrid, Espasa-Calpe, 1942; tres volúmenes.

uso tal vez él enseñó a los demás Estados—, la burocracia, el Ejército, la diplomacia, funcionan con eficacia y actividad; la sociedad sobre la que fué construído se anega en mediocridad; particularismos, estrechez de miras, falta de rigor moral colectivo; su economía, que manejó poco antes tesoros enormes, en tal penuria que el hambre excita y solivianta los ánimos; el pueblo, modelo de obediencia y lealtad, según pregonó en memorable ocasión su glorioso César, convertido en masa irreverente, tornadiza, holgazana, movida sólo por lo chabacano. Y alrededor otros grandes Estados, tal vez en sus momentos de mayor pujanza, preparando sus garras para atrapar la parte más conveniente del inmenso cuerpo de esta Monarquía que iba a ser despedazado. En un informe del tiempo se describe agudamente el caso: “Sin hombres capaces de poder obrar con vigor, resolución y celo por el bien de la patria; las fronteras abiertas y abandonadas por todas partes; el rey de Francia desembarazado de una universal guerra y su embajador ya dentro de Madrid de cuatro o cinco días acá; todos los vasallos y pueblo desesperados, sin saber el camino ni vereda por donde echar para preservarse de tan terribles contratiempos.”

A nuestro modo de ver, lo más profundo de esta obra del Duque de Maura está en haber logrado destacar la raíz de los hechos señalados: la inadecuación para la vida española, tal como hubo de plantearse muerto Felipe II, de la idea de Imperio: “Aunque por falta de perspectiva no consiguiesen verlo entonces los españoles, la verdadera causa de sus males fué conservar la Monarquía católica contextura y aspiraciones, sin trabazón ni espíritu de Imperio.” La magnitud heroica del Imperio, según la concepción de Carlos I, será siempre grandiosa; pero poco después de formulada era inaplicable. Se imponía el sistema de una Monarquía nacional, aunque territorialmente extensa. En unos notables *Comentarios políticos*, de la época historiada por el Duque y cuyo autor fué Juan Alfonso de Lancina, se escribieron estas palabras: “No puede ser plausible aquel nombre de Imperio que antes se halla aborrecido y para que parezca agradable es menester atribuirle otro título menos odioso.” Los testimonios en este sentido son muchos.

Lo que importaba era una Monarquía grande, un Imperio

—en el sentido moderno— español, pero español no sólo por el goce y el esfuerzo, sino por la dirección y el fin. ¿Quiénes habían querido esto?: los Reyes Católicos, y por eso, durante todo el siglo xvii, serán modelo ofrecido a nuestros Príncipes por los más agudos escritores políticos. Mas la desviación vino en seguida: “Faltó holgura para concertar designios comunes, trazar rumbos colectivos, realizar empresas peculiares y plasmar, por obra de todo ello, con envergadura y perfiles de auténtico Imperio español, a causa de que muy al principio del siglo xvi pasó a ser complementaria herencia materna del César Carlos V... Quedó así truncada nuestra genuina trayectoria patria y supeditados sus fines privativos a los ecuménicos del Imperio tradicional.”

Al pronto, agradó la novedad, pero su realización se hizo imposible y ante este hecho no se pensó en desmontar una armadura interna y, aun más, una concepción atávica de Imperio, y de ello resultó un mecanismo impropio para el tiempo y el lugar. ¿Se trataba de haber abandonado tierras, posesiones lejanas y ajenas a nuestro ambiente histórico? Ciertamente es que, como queda bien patente en el libro que comentamos, existió una decidida voluntad de no renunciar a nada y que sólo ante una amenaza de desmembramiento se podría rehacer, aunque metafóricamente, la unión entre los españoles. El propio Luis XIV reconoce, según interesantes textos recogidos por Maura, que el mantenimiento de la unidad territorial de la Monarquía es condición previa para atraerse la opinión española a su candidatura de sucesor. Pero el designio para *mantener* tan extensos dominios territoriales y la organización que lo sirviera habían de ser otros. Después de San Quintín, Felipe II no aplasta a Francia porque en su guerra hay algo aún de un superior que corrige o castiga a un inferior, sólo hasta el límite que necesita el orden, algo de guerra imperial. Pero esta línea no podía ser seguida cuando los demás monarcas empezaban a servir un interés que hoy llamaríamos nacional, porque era ya bastante más que dinástico. Hacía falta un proyecto de vida común española, una objetividad de fin en el Estado. Entre nosotros, a lo más que se llega es a entregarse al interés dinástico de la Casa de Austria. Pero éste, en tiempos de Carlos II, ya no se siente

por ninguna clase social, ni quizá por muchas de las personas reinantes. De aquí que ya con Carlos II se acentúen los ánimos levantiscos de los súbditos, síntomas observados ya en el reinado anterior, pero que en éste llega a temerse se manifiesten contra las mismas personas reales. En 1695, el Cardenal Portocarrero eleva al Rey una *Representación* de la que es este párrafo recogido por Maura: "La total enajenación del corazón de los vasallos es la mayor pérdida que Vuestra Majestad puede hacer y están hoy desesperados de lo que ven, tocan y padecen, no conviniendo alligirlos más, pues públicamente y sin reserva alguna están discurrendo algunas novedades." Y de un pueblo tan leal hasta entonces como el español, ante la nueva situación se permite decir un funcionario extranjero: "No hay en el mundo país tan bárbaro como éste, ni tan avieso con sus Reyes." El hecho es grave, y la causa que el Duque de Maura, con clara visión, señala, ésta: "El mayor perjuicio que nos causó y sigue causando la frustración de nuestro destino histórico es el constante malogro de aptitudes individuales (frecuentemente extraordinarias) perdidas, cuando no mal empleadas por falta de espíritu colectivo que las encauce, jerarquice y concierte. La desaparición de ese espíritu coincide con la del designio nacional, porque no puede subsistir el uno sin el otro."

Pero también la aristocracia, tan compenetrada con los primeros Austrias, y no sólo el pueblo, manifiesta resquebrajada su moral social. Alguno de sus más altos representantes, Infante de sangre real, el segundo Don Juan de Austria, ensaya formas precoces de adulación al pueblo, sin temor a romper el orden social que asegura el respeto, y con el fin de buscar adeptos a la causa de su ambición. Y en ese mismo contubernio con clases inferiores, políticamente incapacitadas, hallamos a otros representantes de la nobleza que no dudan valerse de la alentada ira popular contra Nitard, Valenzuela, Oropesa y hasta contra las mismas Reinas Doña Mariana de Austria, Doña María Luisa de Orleans o Doña Mariana de Neoburgo. La actitud de los aristócratas de la sangre, la Iglesia o la Magistratura, con el fin de hallarse favorablemente colocados, a su parecer, al plantearse la cuestión sucesoria, bordea la rebelión o la traición en el mismo suelo en que germinó el espíritu de Cisneros. El alto inte-

rés del Estado se oculta a sus ojos. Según un curioso texto citado por nuestro autor, un ilustre primate conspirador contesta a otro que le pide pagar en su día la adhesión de un fraile con la designación de confesor real, estas palabras: "Lo del confesor será muy bien para después, pero no para que salga luego con esto, porque escandalizará al mundo, y ahora lo que importa es que se vea que no se tira más que al servicio del Rey y causa pública."

La falta de una empresa nacional a realizar que lanza las clases al particularismo está ligada a la no consolidación de un régimen objetivo de Estado que sirva a aquélla, sin que sea fácil determinar, entre uno y otro hecho, a cuál corresponde el papel de causa y a cuál el de efecto; pero lo cierto es que ambos van íntimamente implicados. El complejo político Habsburgo-español es el primero que presenta caracteres modernos de Estado, pero antes de que las bases de una fuerte organización estatal fraguaran, se desmoronaron. El ejército español, poco antes el más temido del mundo, es, al final, de los Austrias, lo más improvisado y una y otra vez, sin que sirva para nada la experiencia, una guerra tras otra nos sorprende sin recursos para mantenerla, hasta darse el caso con frecuencia de que al presumir próxima una conflagración se quieran prevenir medios eficaces y, sin embargo, al llegar el momento de emplearlos no ha habido constancia y voluntad en aprestarlos. En lo económico, todos los momentos graves, reiteradamente, sorprenden al Tesoro en análoga indigencia. Y en los Consejos, sus muy altos miembros se revelan insistentemente ayunos de información al ir a tratar difíciles asuntos.

La Administración, recurso fundamental del poder de Estado, es absurda. En sus Consejos sólo se manifiesta complicación inútil, intrigas y obstrucción. Las juntas extraordinarias con que se intenta resolver cuestiones espinosas no remedian nada. Ya Antonio Pérez había llamado la atención contra estas Juntas y luego son muchos los que claman contra ellas. ¿Y los servidores de esos Consejos? Los ministros, que años atrás sirven de noble ejemplo en el servicio público, o no son nada, o si se alzan con algún digno e inteligente propósito son hundidos por la reacción hostil de todas las clases —así Medinaceli y

Oropesa.— Luis XIV conoció muy bien esa situación. En carta a su embajador le dice: "Núcleo de ministros sólidamente eficaz no existe ninguno en ese país." Y de la importancia de este mal es posible formarse idea cuando en otra ocasión, dándole a su enviado instrucciones para su sobrina, la Reina de España, María Luisa, primera mujer de Carlos II, le escribe: "Insinúe a la Reina, recabando de ella el más riguroso secreto, que nada me agradará tanto como que emplee todo su crédito en impedir la designación de un Primer Ministro a quien se suponga capaz de administrar los negocios de esa Monarquía mejor de lo que lo están al presente."

Sin duda, en casos extremos, la majestad del Rey y el patriotismo de algunos españoles logran dar con lo que la dignidad nacional exige, pero la pujanza de un pueblo está en el riguroso acatamiento al interés común en todos los actos de la cotidiana actividad política.

Un Estado que en 1600 es todavía el más poderoso que existe, en 1700 ha visto ya circular por las cancillerías europeas dos tratados para repartir sus dominios, sin contar con su propia voluntad: sobre esta tremenda experiencia de la Historia el Duque de Maura ha escrito una magna obra que justifica por sí los dos sillones académicos que ocupa su autor. Un error, sin embargo, debe señalarse en ella, y es el método puramente cronológico que se ha empleado en su desarrollo. Por esta causa las dificultades de lectura son grandes, debido a que resulta costoso recoger el hilo conductor que guíe a través de sus más de mil páginas bien repletas. De este modo, con frecuencia, hay que volver a plantear una y otra vez un mismo tema cuando se repite, como por lo general sucede, en varios años, y aun a esto hay que añadir el gran número de personajes de toda procedencia que, unas veces mencionados por sus nombres, otras por sus cargos o por sus títulos, intervienen en esta historia, a los cuales en cada caso tiene que identificar el lector para no dejarse vencer por la confusión que, como reflejo forzoso de la que existió en la época, le amenaza.

JOSÉ A. MARAVALL.



MUNDO HISPÁNICO

